

DIA DOCE.

SAN GUIDO Ó GUIDON, CONFESOR.

San Guido ó Guidon, por otro nombre *el pobre de Anderlecht*, nació al mundo hácia el fin del siglo undécimo en una aldea de Bravante, de padres muy pobres, pero temerosos de Dios, los que, no pudiendo darle otra educacion superior á la humildad de su nacimiento, se dedicaron á criarle en el temor santo del Señor, inspirándole desde la cuna un grande horror al pecado, y una tierna devocion á la santísima Virgen. El bello natural del niño Guido excusó muchos cuidados á los que tenian el de su educacion, porque nunca se le observaron inclinaciones que no fuesen muy cristianas. Consolábale mucho la humildad de su baja condicion aun antes de tener edad para conocer lo que valia; sintiendo siempre especial gusto en aquella humillacion que era inseparable del estado vil y pobre en que habia nacido. Por el grande amor que cobró á la pobreza, luego que entendió que Jesucristo y los apóstoles habian hecho profesion de ella, amó tiernamente á los pobres, sin que su propia necesidad le sirviese de estorbo para socorrerlos en el modo que podia, repartiendo siempre con ellos lo que apenas le bastaba para su escaso sustento, y destinando para los mismos todo cuanto podia conseguir de su pobre padre.

Siendo todavia niño, se notó en él una maravillosa inclinacion al ejercicio santo de la oracion, apartándose solo de la presencia de sus padres para retirarse á alguna iglesia. Su dulzura, su docilidad, su modestia, y cierta madurez anticipada en una edad

que hace excusables las vivezas y las inocentes intrepideces de los niños, eran ya presagios de aquella eminente santidad que con el tiempo fué su distintivo y su carácter. La frecuencia y la devota inmovilidad con que se le veia en el templo, tan contraria al natural inquieto y bullicioso de los niños, se dejaban admirar de cuantos le observaban, y no se le conocia por otro nombre que por el del Angel del pueblo.

Ninguna cosa podia ser mas grata á sus virtuosos padres, los cuales no podian dejar á su hijo otra herencia que un buen fondo de virtud, dándole una cristiana educacion. Estando un dia el niño Guido en la aldea de Lacke, á media legua corta de Bruselas, entró en la iglesia que habia allí y estaba dedicada á la santísima Virgen, para hacer en ella oracion. Reparó el cura en aquel niño que hacia mas de una hora estaba de rodillas delante del altar; y movido de la modestia, de la gravedad, respeto y compostura con que estaba encomendándose á Dios, le llamó, y tuvo con él un rato de conversacion. Admirado mucho mas de sus razones, que todas respiraban piedad y un juicio muy superior á sus años, se informó de sus feligreses, y entendiendo de ellos que su virtud correspondia perfectamente á su capacidad, le propuso si se queria quedar para servir en aquella iglesia. No le podia proponer cosa mas de su gusto, pues solo suspiraba por dedicarse al servicio de algun templo, y así admitió luego el partido con indecible consuelo. Aunque solo contaba Guido á la sazón doce ó catorce años, le hizo el cura guarda de la iglesia de Nuestra Señora de Lacke, oficio que corresponde al de mozos de sacristia, que sirven bajo las órdenes de los sacristanes y mayordomos de iglesia, y en algunas parroquias se suelen llamar monaguillos. Era su obligacion barrer la iglesia, preparar los altares, plegar los ornamentos, cuidar de la ropa blanca de la sacristia,

como tambien de los otros muebles pertenecientes á ella , tocar las campanas , llevar el acetre y la cruz cuando se lleva el viático á los enfermos , y ayudar á misa.

Por el aseo , el buen órden y la puntualidad en todos estos ministerios exteriores se conocia fácilmente la pureza de su alma , y el concierto de sus arregladas costumbres. Decíase comunmente que el monaguillo daba á todos cuando menos tan buen ejemplo como los mismos clérigos. El tiempo que le dejaba libre su empleo le destinaba á la oracion , y al pié de algun altar descansaba de sus ocupaciones exteriores , pasando por lo comun en oracion todas las noches ; y cuando el sueño le rendía , su cama era siempre el pavimento de la iglesia. Retratada vivamente su devocion en su semblante , la inspiraba á cuantos le veían. Aquella cara siempre risueña y apacible ; sus ojos humildemente bajos , sin mirar jamás el rostro á mujer alguna ; cierta religiosa modestia que se notaba en él , y parecia mas que natural ; un recogimiento interior en medio de las ocupaciones le hacia tan respetado del pueblo , como admirado de los mismos sacerdotes que servían aquella iglesia.

Era muy moderado el salario que le daban por su empleo ; pero en medio de eso bastaba para las limosnas que hacia diariamente , porque ahorra para ellas á costa de su continuo ayuno y de sus grandes abstinencias. A la verdad no parecia imaginable vida mas inocente que la de nuestro Guido , ni al mismo tiempo mas penitente y mas austera. Fuera de las vigili-
as , que eran casi continuas , maceraba su cuerpo con ásperas penitencias que le sugería su amor á Jesucristo crucificado , ingenioso siempre en inventar arbitrios para mortificar los sentidos. Como á la delicadeza de conciencia se juntaba aquella grande penetracion de su despejado entendimiento , descubria en

si las mas mínimas imperfecciones , y todas las castigaba con el último rigor , borrándolas con un torrente de lágrimas. Veíasele muchas veces postrado delante del altar de la santísima Virgen , implorando su poderosa proteccion para conseguir el perdon de sus pecados. Pero esta penitente vida nunca se mezcló con la menor grosería , rusticidad , ni aspereza en el trato con los demás ; antes bien enamoraba el modo dulce , apacible , atento y aun cortesano con que trataba á todo el mundo ; y él mismo fué buena prueba de que la virtud domestica , cultivada , y aun pule los espíritus mas groseros.

Pero ninguna cosa igualaba á la caridad que mostraba con los pobres , en cuyo servicio empleaba ordinariamente todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones. Cierta mercader de Bruselas , enamorado de las admirables virtudes de Guido , y notando sobre todo su ardiente zelo por el alivio de los pobres , le armó un lazo en que cayó incautamente. Despues de manifestarle lo mucho que estimaba su virtud y la buena voluntad que profesaba á su persona : « Quiero , le dijo , fomentar tu caritativa intencion , y ponerte en estado en que tengas con que satisfacer esa generosa caridad que te merecen los necesitados. No te ha dado Dios tanta inclinacion á la limosna para que los socorras solo con un triste bocado de pan. Cuantos mas bienes tengas con que socorrerlos , mas limosnas les harás ; pero mientras tú seas tan pobre como ellos , todo ese tu caritativo zelo será tan ocioso como inútil. El oficio que has tomado se acomoda mal con la caridad que te abrasa : si me crees , presto tendrás con que sacar de miseria á tus padres , y con que hacer gruesas limosnas á los pobres. Deja esos trapos de mendigo : toma este paño para hacerte un vestido mas decente con que no darás en rostro á la gente honrada y

limpia : vente á mi casa, y entrarás de asociado en mi comercio. »

Como el pretexto era tan especioso y tan conforme á la piadosa inclinacion de Guido, no pudo oír la proposicion con indiferencia. Quizá seria buena la intencion del mercader; pero el pensamiento era un artificioso lazo del enemigo, en que cayó el incauto Guido no sin sobrada lijereza. Dejó un poco precipitadamente el oficio de guarda de la iglesia, y se fué á Bruselas en seguimiento de su bienhechor; pero como Dios le habia permitido este desacierto solo para instruirle á costa suya, y para enseñarle que el espíritu propio es mala guía en los caminos del cielo, no le dejó largo tiempo en aquella ilusion con que habian sorprendido su inocente sencillez. Abrió presto los ojos para conocer el engaño, así por el mal suceso del negocio, como por el accidente que le sucedió, y fué como el principio de la larga penitencia que hizo para satisfacer á Dios por aquel desacierto. Bajando pocos dias despues por el rio en un barco cargado de su cuenta y de la de su amo el mercader, encalló tan fuertemente en un banco de arena, que estuvo en gran peligro de abrirse el buque. Hizo Guido tantos esfuerzos con una percha para salir de aquel riesgo, que se le tronchó el palo entre las manos, y se le introdujo tan profundamente un astillon por el brazo, que no fué posible extraerle. Abrió los ojos en vista de aquel desgraciado accidente; y conociendo toda la malignidad de su engaño, sin deliberar un punto salió de Bruselas, y se restituyó á Lacke, donde volvió á su antiguo oficio, no pensando ya en otra cosa que en borrar su pecado con lágrimas, con oracion, con ayunos y con las mas rigurosas penitencias. Pero como la herida podia ser estorbo á los ejercicios de su empleo, pidió con tanto fervor á la santísima Virgen que le sanase, y acompañó su oracion con tantas lágrimas, que se compadeció de él la Madre

de misericordia; y antes que acabase la oracion salió por sí mismo el astillon sin causarle dolor alguno, quedando perfectamente sano.

Con la corta experiencia que habia comenzado á tener del bullicio del mundo, creció tanto su fervor, que, cuando volvió á Lacke, pareció todavía mas santo de lo que era antes de su partida. Entre tanto no se agotaba el manantial de sus lágrimas; y el concepto que formó de la enormidad de una falta que á cualquiera otro hubiera parecido muy lijera, hizo tanta impresion en su espíritu, que le pareció no podia satisfacer á la divina justicia, si, para acabar la penitencia que deseaba hacer, no emprendia la penosa peregrinacion á Roma y á la Tierra Santa. Habiéndose despedido del sacerdote que servia aquella parroquia, tomó el camino de Roma, haciéndole á pié y mendigando todo el viaje. Despues de haber visitado en Roma el sepulcro de los santos apóstoles, partió á Jerusalem donde visitó aquellos santos lugares, añadiendo penitencias voluntarias á las excesivas fatigas del camino, expuesto sin alivio á todos los rigores de la estacion, y nunca interrumpiendo su ayuno. Gastó siete años en estas trabajosas peregrinaciones; y volviendo á Roma, encontró en ella á Vondulfo, dean de la iglesia de Anderlecht, que, acompañado de algunos amigos suyos, iba á emprender el viaje de la Tierra Santa. Era Vondulfo un eclesiástico de extraordinaria virtud; y reconociendo la de nuestro santo, le persuadió con sus instancias á que hiciese segunda vez en su compañía el viaje de Jerusalem: y Guido se rindió por pura caridad. Luego que los nuevos peregrinos cumplieron con su devocion, visitando los santos lugares, se sintieron acometidos de una enfermedad contagiosa. El primero que murió fué el santo dean, siguiéndole inmediatamente todos sus compañeros; y es indecible el cuidado y la caridad con que Guido los asistió en

aquella última enfermedad. Estando el dean para morir, despues de haber dado á Guido muchas gracias por los grandes actos de caridad que habia ejercido con todos, le declaró era la voluntad de Dios que se volviese á Flandes. Concluidos todos los deberes religiosos con los difuntos, partió para Anderlecht, donde dió noticia de la muerte del dean. El vice-dean le estuvo en su casa por el consuelo de hospedar á un santo y para aprovecharse de sus ejemplos. No fué larga la mansion que hizo en ella; porque el Señor le dió á entender que le queria ya recompensar sus trabajos y premiar su penitencia. Preparóse para morir con sensible renovacion de su fervor, y con aumentar sus austeridades y rigores; hasta que, hallándose una noche en oracion dentro de su cuarto, de repente quedó este iluminado con una luz celestial, que le dejó mas claro que el mediodía, y al mismo tiempo se oyó una voz celestial que decia: *Ven, siervo bueno y fiel, entra en el gozo del Señor que quiere ser tu recompensa*; y en el propio punto espiró á los 12 de setiembre del año de 1112.

Concurrió inmenso pueblo movido de la general opinion de su santidad; y los canónigos le hicieron un entierro con toda la pompa que merecia un santo, cuya gloria manifestaba Dios con gran número de milagros. Algunos años despues se edificó una magnífica iglesia en honor suyo, trasladándose á ella con mucha solemnidad el santo cuerpo, donde es venerado el dia de hoy con grande y continuo concurso del pueblo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Guidonis confessoris tui so-

Oye, Señor, benignamente las humildes súplicas que te hacemos en la solemnidad de

lemnitate deferimus; ut, qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit, precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

tu bienaventurado confesor san Guido, para que, no confiando en nuestra justicia, seamos asistidos por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradaros. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 1 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Paulus, apostolus Jesu Christi per voluntatem Dei, et Timotheus frater, Ecclesiæ Dei, quæ est Corinthi, cum omnibus sanctis, qui sunt in universa Achaia. Gratia vobis, et pax à Deo Patre nostro, et Domino Jesu Christo. Benedictus Deus, et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem qua exhortamur et ipsi à Deo.

Pablo, apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios, y el hermano Timoteo á la Iglesia de Dios que está en Corinto, y á todos los santos que están en toda la Acaya: Gracia á vosotros, y paz de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. Bendito Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolacion, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion: para que nosotros podamos tambien consolar á aquellos que se hallan en alguna angustia por medio de la consolacion con que nosotros somos tambien consolados por Dios.

NOTA.

« Desde el principio de esta epístola declara el » Apóstol los muchos trabajos de que le libró el Señor » en sus viajes, emprendidos por la caridad, para » que mejor pudiese alentar y consolar á los que se » hallasen en iguales peligros, en semejantes trabajos » y adversidades. »

REFLEXIONES.

No hay consuelo mayor para un cristiano que estar bien seguro de que se arregla á la divina voluntad en todas las carreras que emprende. Es cierto que así lo suponemos por poco que las carreras ó los empleos se conformen con nuestro gusto, ó hallemos en ellos nuestro interés; pero ¿será posible que no nos engañemos alguna vez en esta voluntaria suposición? ¿será posible que en esos empleos preferidos por nuestros deseos y nuestro amor no tenga tal vez alguna parte la inclinación, el amor propio, y acaso también la pasión? En esas elecciones de estado, de condición, de género de vida, para las cuales solo se consulta con la carne y sangre, la voluntad de Dios no entra mas que como un motivo exterior y forastero, que sirve únicamente para serenar la conciencia siempre sobresaltada, y con razón, por las consecuencias de un estado cuya elección por lo comun fué precisamente á consulta y á resolución del amor propio. Admirámonos algunas veces de aquellos funestos acaecimientos, de aquellos tristes y desesperados accidentes, de aquellas repentinas revoluciones y trastornos de fortuna, de aquellas desgracias de familia, que nos hacen tan oscuros y tan lóbregos los días de la vida. Pero si no fué Dios el que te puso en el estado en que te hallas: si no fué la divina Providencia la que te colocó en este empleo: si por seguir tu pasión, tu interés ó tu ambición, te entrometiste en el sagrado ministerio: si quisiste ser tú solo, por decirlo así, el artífice de tu fortuna y de tu suerte; ¿qué novedad te deben hacer todos esos contratiempos? Turbóse el orden de una providencia particular: desconcertóse aquella economía tan sabia, tan arreglada que nos podia conducir á nuestro último fin por aquellos medios fáciles y seguros que nos tenia

preparados; ¿qué maravilla si despues todo es descamino! Y si en este extravío se dan tantos traspiés, ¿qué maravilla que todo sea peligros, todo lazos y todo precipicios! Solo damos oídos al espíritu del mundo: solo consultamos con nuestro gusto y con nuestro interés todo aquello que emprendemos. ¿Era de este parecer san Pablo, cuando en todo el curso de su apostolado solo hallaba trabajos que padecer y contradicciones que sufrir? Hasta en la devoción se introduce el engaño y la ilusión. En no pocos todo el fondo de sus piadosos ejercicios nace el día de hoy de una devoción puramente natural ó demasiadamente humana. Considera qué valor, ni qué mérito tendrá. Hay pocos estados en la vida que no estén sujetos á la ilusión. Ninguna mascarilla toma el amor propio, ni con mas facilidad, ni con mayor gusto que la máscara de la piedad y de la virtud: á favor de ella reinan las pasiones sin sobresalto y sin temor. De aquí nace tanta delicadeza, tanta sensibilidad, tantas imperfecciones sutilizadas de esos que se llaman devotos. Nunca son mas vivas las pasiones que cuando están disfrazadas. Y sino, ¿cuál es el origen de esa preferencia que se tiene á ciertas buenas obras? ¿de ese obstinado apego al lugar, á las personas y á los empleos? Cuando se obra por puro zelo, cuando solo Dios anima todas nuestras acciones, cuando es el único objeto y fin de nuestra conducta; ya el corazón no es esclavo de sus deseos, y la mortificación es el verdadero carácter de la persona; pero en admitiendo otra guía que Dios, cada paso es un descamino.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia x, pág. 272.

MEDITACION.

¿QUE Á TODOS ES NECESARIO EL ESPÍRITU DE RECOGIMIENTO
Y DE RETIRO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el espíritu de disipacion, aquel derramarse hácia afuera, aquel disgusto tan natural y tan universal que se tiene al recogimiento y al retiro, al mismo tiempo que es uno de los mas perniciosos lazos que nos arma el demonio, es tambien el que menos se precave, y del que menos se desconfía. Sabiendo muy bien el enemigo de la salvacion lo muy necesario que es este espíritu de recogimiento para conservarse y para perseverar en el ejercicio de la virtud, no omite medio alguno para desviar de él á todo el mundo. Sabe que en el retiro y en el recogimiento se discurre cristianamente, se hacen saludables reflexiones, las que sufoca en su mismo nacimiento, ó las destierra de un corazon cristiano el espíritu de disipacion y derramamiento exterior. Por eso aplica el mayor cuidado á inspirar en todos una idea ingrata y tediosa de este espíritu de retiro. El retrato con que le pinta á los ojos de la imaginacion alborota los sentidos, representándole siempre desfigurado con tan impropios como sombríos colores este dulce reposo del alma. Apodérase del corazon la melancolía á solo el nombre de retiro, y apenas se conoce diferencia entre un hombre retirado y un hombre muerto. Sin embargo, el espíritu de retiro es muy diferente de lo que se concibe. Es un estado dulce, tranquilo, á cubierto del alboroto, del tumulto y del estrépito de las pasiones: es una sosegada situacion del alma, siempre en calma, de un ánimo sereno y siempre en disposicion de examinarse y de conocerse; cuando por el con-

trario, estando disipada, anda como fugitiva de si misma. ¿Pues qué maravilla es que haya en el mundo tan pocas conversiones, habiendo tantos con necesidad de convertirse? Desvíalos de este pensamiento el mismo tumulto, y la misma disipacion; y así no pueden conocer la necesidad. Solo en el retiro se oye bien la voz de Dios, y se perciben los gritos de la conciencia. En aquella calma se descubren las manchas, que la distraccion no permite distinguir; y en aquella paz interior se reflexiona y se discurre; de modo que por estos discursos y por estas reflexiones se va tomando gusto á las verdades eternas de la religion. Una alma disipada es como aquellos enfermos abrasados de una ardiente calentura, que están en una perpetua agitacion, y aunque cercanos á la muerte no conocen la gravedad del mal hasta que, templándose la fiebre, y mas sosegado el enfermo, siente todo el peso de la enfermedad. En el mundo, mientras se vive en aquel esparcimiento universal, en aquel exterior derramamiento, apenas se reconoce culpa alguna. ¿Pues qué mal hago yo? dice aquel mundano, aquel hombre continuamente derramado, aquella persona religiosa disipada y esparcida. ¿Qué mal hago yo? Retírate un poco; entra dentro de tí mismo; dedícate algunos dias á un poco de recogimiento, y entonces conocerás el mal que haces, lo palparás sensiblemente. En cualquiera estado corre gran peligro la salvacion sin el recogimiento.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que quizá no hay cosa mas importante para la salvacion que el espíritu de retiro. Sin este espíritu las buenas obras, de cualquiera especie que sean, pueden ser útiles al prójimo, pueden ser frutos provechosos á otros, pero consumen el árbol que los produce, y muy presto se secará. Sin este espíritu, el

mas ardiente y el mas fructuoso zelo pára en un zelo puramente natural. Por cierto, ninguno tiene mayor necesidad de este espíritu de recogimiento que los varones apostólicos. En el retiro bajó el Espíritu Santo sobre los apóstoles; y no sin misterio el mismo Jesucristo se retiraba frecuentemente á la soledad: lo que no hizo porque él lo necesitase, sino para dejarnos este ejemplo. ¡Admirable leccion para todos aquellos que están dedicados á la salvacion de los prójimos! No hay devocion sólida ni verdadera sin este espíritu, que es y siempre ha sido como el alma de la piedad cristiana. Corazon distraido nunca fué por mucho tiempo devoto. El retiro sustenta la devocion, y el recogimiento es como la muralla que defiende la inocencia. Una alma distraida, un espíritu disipado, un corazon derramado hácia afuera, es una plaza sin fortificaciones exteriores, abierta á los tiros del enemigo, y expuesta á ser asaltada. De aquí nacen aquellas funestas caidas que hacen tanto ruido, y causan tanta admiracion: de aquí aquellas devociones tan secas y sin progresos: de aquí aquellas direcciones tan estériles y sin fruto. Se frecuentan los sacramentos, se ponen en práctica todos los buenos consejos que se oyen, se ejercita todo género de buenas obras, se asiste á los sermones, se tiene oracion, y se hacen otras mil devociones; pero sin embargo cada dia está el alma mas imperfecta. Dirás que te faltan auxilios. ¡Oh! Dios sabe muy bien, que sin su gracia nada podemos; y Dios anhela mas nuestra perfeccion, que nosotros mismos. ¿Pues de dónde proviene esa aridez y esa esterilidad? de la falta de recogimiento interior. Se reciben gracias; pero se exhalan, por decirlo así, con la disipacion del corazon: el recogimiento interior es como el único secreto que las detiene, y hace que produzcan todo el fruto que les corresponde. El cuerpo se debi-

lita con la disipacion de los espíritus vitales; y cuando es grande la disipacion, siempre es mortal. Del mismo modo debemos discurrir de la disipacion interior: siempre es principio de nuestros desmayos espirituales, de nuestros disgustos, de nuestras flaquezas, y por consiguiente de nuestras caidas. El espíritu de retiro, aquel espíritu interior, aquel recogimiento siempre inseparable de la modestia, de la paz interior, del espíritu de oracion, del freno de las pasiones, es el alma de la devocion. Así, pues, estemos firmemente persuadidos de que el demonio no deja piedra por mover para destruir esta muralla de la virtud, estas fortificaciones exteriores, que alejan de la plaza al enemigo. Gran desgracia será para una alma devota caer en este lazo y estrellarse contra este escollo.

Dadme, Señor, este espíritu de recogimiento interior, que me habeis hecho conocer ser tan necesario para mi salvacion. Conozco muy bien que á mi disipacion debo atribuir mi indevocion y mis recaidas; pero confio que con la asistencia de vuestra divina gracia venceré este estorbo de mi eterna felicidad.

JACULATORIAS.

Dirige in conspectu tuo viam meam. Salm. 5.
Dirigeme, Señor, en tu divina presencia, y guíame segun tu divino Espíritu.

Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine. Salm. 54.
O Señor, y como conozco que no hay seguridad sino en el retiro y en el recogimiento! Por eso abracé yo este partido huyendo del tumulto, y retirándome á la soledad.

PROPOSITOS.

1. *Anda siempre en mi presencia, dice Dios, y serás perfecto.* Esta continua presencia de Dios es la mas

importante entre todas las virtudes : sin ella todas las demás son de poco provecho. Dedicate á este recogimiento : la voz de Dios no se percibe entre el bullicio : *non in commotione Dominus*. Un corazon abierto á todos los objetos , una alma continuamente derramada á lo exterior , y ocupada sin cesar en mil cuidados superfluos , en mil pensamientos inútiles , no está en disposicion de oir la voz de aquel Señor que solo habla al corazon recogido. Aplicate á adquirir esta paz interior : reprime esos impetus del natural , esa precipitacion en el hablar , aunque sea en las ocasiones mas santas , y sobre las cosas mas espirituales. Muchas veces lo que se llama zelo , no es otra cosa que humor y genio. Evita quanto puedas esa multitud de ocupaciones , que solo sirven para distraerte. No conviene estarte ocioso , y mano sobre mano ; sino que siempre has de estar sosegado , y muy dueño de ti mismo.

2. Nunca te entregues tanto á lo exterior , que sea en perjuicio de tu recogimiento. Debes prestarte , pero no entregarte á los negocios exteriores. Todas las mañanas has de hacer propósito de andar continuamente en la presencia de Dios , y sin otra diligencia serás modesto y recogido. Habla poco , y procede en todo como un hombre que nunca pierde de vista á Dios. Cuando dé la hora , recógete dentro de tí mismo , y vuélvete á Dios con alguna breve jaculatoria. Antes de dar principio al estudio , al trabajo , á la oracion , recógete por algunos momentos ; este silencio es maravilloso medio para hacer á una alma interior y espiritual : no dejes de practicarle.